

“Como el Uruguay no había”

**(extractado del libro del mismo nombre, escrito por Juan Carlos Doyenart
(editorial Fin de siglo, 2013**

Todos nosotros, en innumerables momentos y disímiles situaciones, hemos oído la frase: «Como el Uruguay no hay». Esta es una expresión acuñada en la primera mitad del siglo pasado, que luego de 60 años de estancamiento mantenemos vigente, impidiéndonos ver nuestras limitaciones, convertida en uno de nuestros principales mitos que expresan esa terrible autocomplacencia de los uruguayos. En realidad, este término fue desarrollado en un momento de nuestra historia en el que tenía mucho de verdad. Se basaba en una realidad donde los uruguayos, en términos generales, habíamos logrado un estándar de vida comparable o superior a muchos países europeos. La mitología popular ubica aquel maravilloso país a mediados del siglo pasado, quizás porque en la segunda mitad de ese siglo las cosas fueron en caída.

¿En dónde radica esa supuesta verdad que nos lleva a percibir un Uruguay esplendoroso, al menos hasta mediados de los 50? Posiblemente radique en un problema más de calidad que de cantidad y todos los indicadores cuantitativos no sirven para explicar este fenómeno social. Existían algunos denominados «pueblos de rata» en el Interior del país, en puntos aislados, pero Montevideo no presentaba los desoladores panoramas que hoy tenemos con los asentamientos irregulares y los niños mendigando en la calle. No existían las casas enrejadas, los muchachos jugaban al fútbol en plena calle porque el tránsito vehicular era muy escaso y existía una vida de barrio que hoy no tenemos; es más, casi no tenemos barrio. La gente se sentía segura y sus hijos iban y venían —casi a cualquier hora— sin ningún problema. En el Interior nadie trancaba la puerta de su automóvil ni cerraba la puerta de la casa. Las cárceles estaban en malas condiciones pero no existía el hacinamiento, nadie hablaba de ellas y nadie protestaba contra la justicia, ni los comerciantes tenían que estar armados. Pero principalmente existía un trabajo estable, seguro, cómodo y relativamente bien pago. Los oficios permitían que existiera alguien que se dedicaba a arreglar planchas, estufas eléctricas u otros electrodomésticos que hoy es más caro reparar que comprar uno nuevo. El zapatero, el feriante, el peluquero y el trabajador de cualquier taller de reparaciones constituían un sector muy particular que se encontraba muy lejos del informalismo de otras capitales latinoamericanas.

Existían los almacenes, los bares «en cada esquina» y aquel fabuloso Estado benefactor que daba empleo a mucha gente, directa o indirectamente. La industria sustitutiva de importaciones proveía a muchos de un empleo formal, estable y relativamente bien remunerado, lo cual confería, principalmente a Montevideo, un paisaje urbanístico tranquilo, limpio, integrado, donde el bienestar de sus pobladores podía casi «tocarse con la mano».

El trabajo era de por vida, incluso el privado. La tercera parte de los uruguayos pertenecientes a la población económicamente activa revistaba en el Estado, con poco trabajo, muchos beneficios y días libres, mientras que los desempleados eran considerados «vagos». Había muchas menos cosas para consumir, por lo cual nos evitábamos el estrés del deseo; teníamos tiempo para conversar en familia, con amigos o vecinos, no existían los *mails* ni los mensajes de texto, los contactos eran personales. Nuestra moneda era fuerte, todos accedían a una buena atención de la salud, la clase política se destacaba por su honradez. Existía una amplísima clase media, en una sociedad hiperintegrada donde la escuela pública recibía a los hijos de muy diversos estratos sociales. Los partidos de fútbol eran tranquilos, de termo y mate, familiares, sin cantos, barras bravas, pasta base, ni violencia. Vivíamos tan bien que el resto del mundo poco importaba; mirábamos con desdén a nuestros desdichados hermanos latinoamericanos, pobres, analfabetos y desahuciados.

También es cierto que, en determinado momento de esa primera mitad del siglo pasado, nuestro producto por habitante era similar a los países europeos (quienes tenían algún problema que otro) y nuestro ingreso per cápita era casi igual al de Estados Unidos. No éramos una potencia, claro está, pero vivíamos muy bien. Éramos una sociedad autocomplaciente y, en buena medida, con razón. Pero lo mejor de todo es que podíamos vivir bien sin grandes esfuerzos ni sacrificios, gracias a un formidable excedente agropecuario que satisfacía con creces todas las necesidades de la sociedad urbana. Ese excedente, quizás sin precedentes en el mundo, no regresaba a la producción que le dio origen, sino que iba a alimentar el crecimiento urbano, principalmente de Montevideo, quien lo usufructuaba sin mucho sacrificio, por no decir ninguno. Con una mínima inversión en recursos, humanos y tecnológicos, aquellos campos fértiles y baratos generaban una generosa producción que encontraba fáciles mercados en aquella Europa ávida de alimentos.

Contrariamente a lo que muchos piensan, Uruguay no es más pobre de lo que era 50 años atrás. Por el contrario, en muchos indicadores económicos y sociales nuestro país ha mejorado sensiblemente. El día que Obdulio Varela tomó la pelota

con las manos dentro del área, luego de que el árbitro del encuentro pitara su finalización (según cuenta la mitología popular) y nos consagráramos por cuarta vez campeones del mundo en aquel «desolado» estadio de Maracaná con casi 200 mil espectadores, la tasa de desempleo era del 8 %. En 2012 fue del 6,7 %. Hoy el PBI es el doble que en 1950. Solo el 28 % de quienes estudiaban en los años 50 lograba terminar el ciclo secundario completo, hoy estamos en casi el 40 % (valor que aún es bajo) y la gran mayoría de la población ha podido acceder en estos años a la electricidad, el agua potable y el saneamiento. Cada vez son más los niños y jóvenes incluidos en el sistema educativo. Ni que hablar del confort del hogar en base al desarrollo tecnológico y la globalización de las economías que nos ha habilitado acceder a una serie de productos y servicios que nos permiten vivir en forma más confortable que 50 años atrás.

Pensemos en la esperanza de vida al nacer, que de 66 años pasa a 75, u otros indicadores por el estilo que nos muestran un Uruguay no tan maravilloso como nos hemos construido o nos gusta soñar. Sin embargo, la idea que como el Uruguay no hay surge de aquel pasado que creemos mucho mejor que el presente. La gente suele equivocarse con sus modelos idílicos y sus mitos, pero siempre existe alguna base de verdad que habilita a construirlos y, en este caso, también ocurre lo mismo. Como toda mitología, tiene su parte de verdad y sus falsedades o exageraciones que no admiten ninguna prueba. De todas formas, tienen la suficiente fortaleza para que 60 años después el «Uruguay de Maracaná» mantenga mucha vigencia, por más que solo sea nostalgia pura.

Pero seguramente la comparación con aquel pasado venturoso no es tan cuantitativa como cualitativa; posiblemente hoy tengamos más cantidad —gracias a las nuevas tecnologías— pero menos calidad de vida. Salarios protegidos, empleos formales, seguros y estables no son poca cosa si comparamos con el mundo de hoy. Si bien existían desigualdades, comparadas con las brechas sociales de otros países latinoamericanos eran casi nulas, aunque ello no ha cambiado radicalmente más allá de crisis puntuales como la de 2002. Sin embargo, a mediados de los años 50 todo comenzó a ir mal. El país entró en una decadencia que todavía podemos observar al día de hoy cuando vemos el deterioro de algunos edificios públicos. El proceso de fragilidad laboral, así como el de marginación espacial y el consumo de drogas fueron abonando una serie de conductas urbanas relacionadas con la exclusión y la criminalidad. Las causas estructurales, económicas, están presentes, para tranquilidad de los materialistas. Tanto el fin del modelo de sustitución de importaciones seguido de un modelo abierto, francamente exportador y obligado a

competir, fueron generando sectores excluidos del proceso productivo, cada vez más lejos del resto de la sociedad con la cual se vincula solo por medio del delito violento. Actualmente, el Estado emplea un 23 % de la población económica activa y la industria un 17 %. El desempleo es de un dígito, pero la calidad del empleo ha caído sensiblemente. El Uruguay es un país de servicios, más que nunca, pero ello supone empleos más precarios, mal pagos y desprotegidos.

También existe otra dimensión para comparar el presente con el pasado. «Como el Uruguay no hay» se basaba en una comparación, quizás un poco idealizada pero bastante real, con el resto del continente americano. Bastaba una somera comparación con Bolivia, Perú, Paraguay e incluso Chile y Brasil, ni que hablar de América Central, para alimentar nuestro ego. Pero incluso podíamos compararnos de igual a igual con varios países del desarrollado mundo occidental y cristiano, ignorando olímpicamente a Asia y África. Éramos el país con menor tasa de analfabetismo de la región, los menores índices de desempleo (7-9 %), por lejos la mayor igualdad social según el bajo índice de Ginni, casi el 40 % de la población económicamente activa (PEA) trabajaba en la industria y un 30 % era empleado por el Estado benefactor, quien producía abundantes bienes y servicios. Gozábamos de los más bajos índices de pobreza y la marginalidad era casi desconocida, el desarrollo de la telefonía, el número de automóviles y la producción de energía eléctrica eran los mayores de todo el continente. Ocupábamos el segundo lugar, junto a Canadá, en el PBI per cápita y el de EE. UU. (que ocupaba el primer lugar) solo era cuatro veces mayor que el nuestro. Hoy estas comparaciones las evitamos, excepto con los países que están peor en nuestro continente, pero no ya con EE. UU., Europa o Asia. Con el afán de mantener la ilusión de «como el Uruguay no hay» eludimos las comparaciones desventajosas. En el año 2000, el PBI per cápita de EE. UU. era diez veces superior al nuestro. Mientras que nuestro PBI creció cerca del 60 % del año 1950 al 2000, el de la región logró un incremento cercano al 130 %. Es cierto que en los últimos 8 años hemos alcanzado un PBI per cápita similar al de Brasil, Argentina y Chile, pero en el período de los últimos 60 años Uruguay es de los países que menos ha crecido, superando únicamente a Cuba y algunos países centroamericanos.